

ANTIFASCISMO EXPLÍCITO, ANTIFASCISMO IMPLÍCITO

UNA RESPUESTA HISTORIOGRÁFICA POSIBLE FRENTE A DOS MODULACIONES APELATIVAS EXTENDIDAS SOBRE UN MISMO PLANO DE INTERVENCIÓN POLÍTICA

EXPLICIT ANTI-FASCISM, IMPLICIT ANTI-FASCISM. AN ATTEMPT TO GIVE A HISTORIOGRAPHICAL
RESPONSE TO TWO APPELLATIVE MODULATIONS IN POLITICAL COEXISTENCE.

Andrés Bisso¹

Palabras clave

Antifascismo,
Historiografía,
Período de
entreguerras

Recibido

14-10-22

Aceptado

5-12-23

Resumen

Los estudios históricos se beneficiarían crecientemente con la superación del deber de “literalidad” para analizar al antifascismo argentino. Ello evitaría la postura “defensiva”, aquella que buscaría demostrar la “necesidad” de la existencia del movimiento a causa de la “tentación” fascista circulante en el país; pero también refrenaría la pulsión “ofensiva”, entendida como la pretensión de subsumir en el antifascismo, el resto de las identidades “hermanas” circulantes, en razón de ser aquel el “máximo común divisor” frente al “enemigo en común”. La comprensión de su condición de apelación circulante con fines múltiples y en “igualdad de condiciones” competitivas con otras –al menos desde la línea de largada– no supondría negar los perfiles identitarios y las sensibilidades que construyó (difusa pero perceptiblemente para los actores históricos de la época) a partir de su aplicación creciente y sistemática como espacio de disputa política e interacción con otros discursos y prácticas.

Key words

Anti-fascism,
Historiography,
Interwar period

Received

14-10-22

Accepted

5-12-23

Abstract

Historical studies on anti-fascism would increasingly benefit from overcoming the duty of “literal sense”. This would avoid a “defensive” posture, centered on a plea about the historical “necessity” of confronting local fascism as explanation of its existence; but it would also curb an “offensive” one, based on exalting anti-fascism as the “great common divisor” against the “common enemy”. This would allow a better understanding of anti-fascism as an appeal with multiple purposes and the ability to interact with other discourses and practices.

Hace casi dos décadas ya, Ricardo Pasolini (2004, p. 19) mencionaba que, para la Argentina, la historia del antifascismo era todavía un “no acontecimiento”. Que un comentario de tal contundencia fuera expresado en un original *dossier* dedicado a esa temática específica en el *Anuario IEHS*, en el que el porcentaje de trabajos en los que se abordaba la

1 Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad Nacional de La Plata, Argentina. C. e.: andresbisso@yahoo.com.ar.

perspectiva nacional era minoritario y con concentración en grupos e individuos de colectividades “extranjeras”, no hacía otra cosa que favorecer la demostración de esos dichos.

Así, sobre cinco trabajos, los únicos dos que transitaban el espacio local lo hacían desde la perspectiva “étnica”, bien grupal, bien individual, con los títulos de “Alternativas posibles de la organización del antifascismo italiano en la Argentina. La Alianza Antifascista Italiana y el peso del periodismo a través del análisis de *L'Italia del Popolo* (1925-1928)” y de “Emigración y exilio antifascista en Alfonso R. Castela: de la pampa solitaria a la Galicia ideal” (Grillo 2004 y Núñez Seixas 2004, respectivamente).

Por otro lado, una compilación de artículos, en la que volveremos a encontrar la figura de María Victoria Grillo y que fuera publicada dos años antes del mencionado *dossier*, llevaría abiertamente el título de *Fascismo y antifascismo en Europa y Argentina. Siglo xx* (Casali de Babot y Grillo 2002). Sin embargo, sobre los doce aportes que conformaban el libro, el único dedicado específicamente a la cuestión antifascista en Argentina (nuevamente centrado en la perspectiva étnica), era el de la ya mencionada especialista. Parecía incluso que la intención del título de la compilación no hacía otra cosa que desnudar, aún más, la imposibilidad, para esa época, de concretar, más allá de la voluntad enunciativa, un libro que le fuera consecuentemente fiel a la cuestión referida para nuestro país, sin tener que derivar hacia temáticas que parecían rozar la cuestión solo de manera muy indirecta o diagonal (como lo muestra la inclusión de los trabajos de Ana Lía Bertoni sobre “Rojas y el nacionalismo del Centenario” (pp. 133-159), el de Marina Franco sobre la construcción del consenso durante la última dictadura militar (pp. 197-225), o el de Paula Halperin sobre el cine en el posperonismo (pp. 227-241). Aunque en el prólogo, sus compiladoras afirmaban haberse “sorprendido gratamente” al “comprobar el grado de interrelación alcanzando entre los trabajos” (p. 9), lo cierto es que estas relaciones estaban muy lejos de tener al antifascismo argentino o al fascismo local como referentes principales –con la excepción ulterior de un trabajo de Federico Finchelstein (2002, pp. 161-182)–, que incluso, además de su enunciado objeto, recuperaba también algo de la voz antifascista en la crítica que expresaban los socialistas contra los grupos “nacionalistas”.

En efecto, a pesar de que algunos de nosotros –incluido el propio Ricardo– ya veníamos incluyendo abiertamente, y con centralidad, la palabra “antifascismo” (o sus derivados) en los títulos de nuestros trabajos sobre la historia política argentina de entreguerras, la alusión y la necesidad de justificación de su uso seguía provocando innumerables justificaciones en prólogos, introducciones o notas al pie, sin lograr anular del todo –a ojos de algunos de los encargados de diversas instancias evaluativas de becas y referatos de revista a los que sometíamos nuestros textos– la sospecha sobre la pertinencia académica de su uso local, a pesar de que la necesidad de estudiar los movimientos antifascistas venía siendo expresada por los analistas de las relaciones internacionales argentinas, al menos, desde los años ochenta del siglo pasado.

En este último sentido, la renovación de los estudios históricos de las relaciones internacionales argentinas a partir de los años mencionados permitió, entre otras

cosas, hacer menos ininteligible la adopción de posturas antifascistas por parte de varios de los actores del período de entreguerras. Mario Rapoport (1997, p. 89), figura central en el proceso referido, no dudaba en resaltar la importancia de la movilización “en ayuda de la República Española y contra el fascismo”, lamentando que fuera una situación “no demasiado bien estudiada por los historiadores”. Bajo esa certeza, Rapoport y Claudio Spiguel promovieron las investigaciones que involucraban las recepciones del antifascismo en conversación con los posicionamientos geopolíticos de los diversos grupos locales, tal como he podido experimentar personalmente. Así, luego de una presentación en las *XVII Jornadas de Historia Económica*, fui alentado a presentarla en formato de artículo, finalmente impreso en la sección de “Notas y Comunicaciones” de la revista *Ciclos*, en una contribución que, precisamente, intentaba amalgamar ambas temáticas (Bisso 2001).

En relación con la pertinencia señalada previamente, por otro lado, un temprano antecedente que matizaba la inexistencia de la curiosidad por la temática provenía, no casualmente, de la visión de un historiador extranjero, menos comprometido con el entonces consenso historiográfico local acerca de la marginalidad o “inconveniencia” del objeto de estudio. Así, en una prestigiosa revista hispanoamericanista, James Cane (1997) nos daría su “Unity for the Defense of Culture: The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943”. Dos años después de esa publicación, comenzaríamos nuestra tesina de licenciatura, en 1999, que sería defendida al año siguiente y se titularía: *¿Batir al naziperonismo?: El desarrollo de la apelación antifascista argentina y su recepción en la práctica política de la Unión Democrática* (Bisso 2000). En 2001, en un mismo libro compilatorio (Devoto y González Bernaldo de Quirós 2001), María Victoria Grillo y Ricardo Pasolini (ambos, como vimos, ya con una trayectoria historiográfica previa consolidada) publicaban dos artículos que incluían en sus títulos la referencia al antifascismo, con relación a la comunidad italiana en el país: “Exil italien et antifascismes dans l’Argentine pendant les années trente: la place des intellectuels” (pp. 145-170) y “L’antifascisme dans la presse italienne en Argentine: le cas du journal *L’Italia del popolo*, 1922-1925” (pp. 171-199). Es cierto que, en el caso específico de la colectividad italiana, la posibilidad de utilizar esa palabra estaba más fácilmente habilitada por las circunstancias de explícita identificación de los actores históricos con ella y por contar con un antecedente significativo a partir de la impresión de los dos “tomitos negros” del CEAL de Pietro Reinaldo Fanesi (1994), traducidos de su obra original en italiano, bajo el título *El exilio antifascista en la Argentina* y considerados como el primer intento de enfrentar “en modo orgánico, el tema de la emigración antifascista en la región del Plata” (Fanesi 1994, tomo I, p. 7).

Es que, en general, al menos en lo que a mi experiencia personal se refiere, parecía advertirse en la crítica de algunos evaluadores, cierta difusa recriminación acerca de haber realizado, por nuestra parte, una especie de “importación historiográfica” de un producto “genuinamente europeo”. Parecíamos habernos dejado fascinar por las pependencias ultramarinas descritas por Jacques Droz (1985) o por François Furet (1995) y ese embrujo nos había llevado a “forzar” la instalación de una suerte de “franquicia” local académica.

Por otra parte, no deja de ser llamativo que esta cuestión, que podía considerarse “saldada”, a mediados de la década pasada, en el campo historiográfico argentino – pues se reconocía la existencia de un corpus consolidado de textos que permitía que “el antifascismo dejara de ser un mero rótulo” y que pudiera ofrecerse “una imagen rica y compleja, de un antifascismo diverso y que respondía a dinámicas históricas propiamente argentinas en nuestro país” (Valobra y Nállim 2016, pp. 151 y 153)–, lo fuera en comentarios hechos por investigadores extranjeros, por medio de los cuales la discusión acerca de la “pertinencia” del diálogo entre antifascismos europeos y otros “exógenos” al Viejo Continente, como el argentino, volvería a florecer.

Así, podemos mencionar la confrontación de dos reseñas en las que se mencionaba la presencia de un trabajo nuestro (Bisso 2016) sobre el antifascismo argentino en una compilación multinacional de la temática. A partir de ellas, puede verse la reproducción de la discusión de la legitimidad o no de la inclusión del antifascismo “criollo” en diálogo con el europeo originario. El autor de una de las reseñas sostenía que la particularidad del texto sobre Argentina “demostraba cómo entender a los movimientos locales alrededor del mundo permitía una comprensión profunda del antifascismo en general” (Fronczak 2019, p. 185), incluso como forma de repensar y discutir las categorías producidas “desde Europa”, señalándose que el caso argentino podía suponer un excelente observatorio desde el cual advertir que “la pretensión de Furet que antifascismo y anticomunismo eran irreconciliables se volvía particularmente infundada” (Fronczak 2019, p. 185). Otra relatora del libro, por su parte, se mostraba “sorprendida” por la inclusión de un capítulo dedicado al fenómeno en Argentina “porque queda[ba] algo aislado del marco general del antifascismo europeo” y porque correspondía a “un contexto no afectado directamente, pese a la presencia de una amplia emigración europea, italiana especialmente, por el ascenso del fascismo” (Branciforte 2018, p. 386). Que el primero fuera un autor que se ha centrado en la historia del antifascismo en Estados Unidos y la segunda, una especialista italiana con trabajos sobre su país y España, no deja de mostrarnos lo ligada que puede quedar la circunscripción misma del objeto de estudio, a las propias tradiciones nacionales y a la querrela por las “jurisdicciones” historiográficas.

Sin embargo, en todos los casos, frente a los reclamos de “externalidad” del fenómeno, lo curioso es que, precisamente, desde los mismos inicios de la investigación, nuestra inquietud se había visto empujada más fuertemente por la evidencia de las fuentes locales que por las lecturas europeas. En efecto, Ricardo Pasolini, en otra revisión de la cuestión, en el año 2008, (donde seguía manteniendo, a pesar de las producciones novedosas que constataba en esos años sobre el tema, la idea del “no acontecimiento” para la temática del antifascismo en Argentina), ya explicaba esta presencia “en las fuentes”, de la siguiente manera: “este ‘antifascismo olvidado’ por la historiografía y la cultura política aun de cierta izquierda, se presenta con vigor cuando la mirada del historiador se posa sobre los documentos de época, en particular de la década de 1930, y se observa la difusión de un fenómeno que pareciera atravesar innumerables experiencias asociativas” (Pasolini 2008, p. 44).

Resumiendo, nos movilizaba, antes que nada, la necesidad de explicar por qué, justamente, los propios actores históricos, algo más de medio siglo antes del comienzo de nuestras preguntas, habían decidido realizar la mencionada “importación” de la prédica; o, para decirlo en términos mucho más precisos, que incorporan la creatividad, la agencia y las múltiples mediaciones, la tarea de “recepción” o “traducción” –nunca lineales ni “transparentes” – de la apelación y las ideas antifascistas en la Argentina.

La utilidad de este tipo de mirada para el período bélico mundial, aunque sin mencionar específicamente la cuestión antifascista, ya había sido adelantada, por otra parte, por Leonardo Senkman (1995) en un inspirador texto llamado “El nacionalismo y el campo liberal argentinos ante el neutralismo: 1939-1945”. El ya mencionado Fronczak (2018, p. 563) lo ha explicado, asimismo, de forma muy clara, para el caso de la “recepción” de esas temáticas –en este caso, el fascismo– en Estados Unidos, al señalar en uno de sus trabajos que no pensaba en el “fascismo” como “un *container* político sellado que amarró en Estados Unidos”, sino que buscaba entenderlo como forma política “que puso en movimiento un agrupamiento de ideas, demandas y prácticas que hicieron de la derecha estadounidense, parte de la derecha mundial”.

Resaltamos esto último, para advertir que el antifascismo argentino fue una creación cuyos decursos no estaban preestablecidos automáticamente. Era comprensible que, al inicio del fenómeno, en la década de 1920, la lógica de literalidad pudiera “naturalizar” la existencia del antifascismo en la Argentina como –“simplemente” – la esperada reacción proporcional y directa a los intentos de establecer el fascismo en el país. En 1927, cuando no sin cierto ánimo justificativo, el diputado socialista Nicolás Repetto consideraba que “el fascismo es una creación destinada única y exclusivamente para Italia, que ha sido concebida frente a necesidades, circunstancias y peculiaridades”² de ese país, podía decir –por ende y todavía con cierta verosimilitud– que debía comprenderse que “cuando aparece la organización anti es porque, en realidad, la peste ya se ha difundido y ha hecho sus estragos en el país” y que “las organizaciones antifascistas son posteriores, han venido como manifestación de defensa y de salud para oponer resistencia al avance de esa fuerza de disolución”.³

Sin embargo, si en los primeros tiempos las movilizaciones puntuales contra las “embajadas fascistas” podían entenderse como una forma de prevención de los propósitos del mussolinismo de “inmiscuirse en los asuntos locales”⁴ y en contra de que los *camici nere* provenientes de Italia intentaran enseñar, a grupos locales, “la demagogia y los métodos de violencia”,⁵ lo cierto es que –lenta pero sostenidamente– la posibilidad de “extender” los usos del antifascismo estaría dispuesta para los sectores que buscaban construir la definición de “fascista” como sinónimo de descrédito sobre

2 Proyecto de resolución del 15 de junio de 1927. *Diario de sesiones del Honorable Congreso de Diputados de la Nación*, 1927, tomo I, p. 642.

3 *Ibidem*, 20 de julio de 1927, tomo II, p. 496.

4 *La Vanguardia* 1923, 4 de marzo, p. 1.

5 *La Vanguardia* 1923, 23 de febrero, p. 1.

un registro político-ideológico más amplio. Así, en paralelo a las primerísimas oposiciones a la presencia de emisarios del *Duce* en el país, podemos ver, por ejemplo, como un suelto de *La Vanguardia* no dudaba en titular “El ‘fascismo’ en la Argentina. Se lo disfruta en cinematógrafo”, y comenzaba desde muy temprano a indicar la posible connivencia presidencial y ministerial con el movimiento liderado por Mussolini, de esta manera:

En la casa particular del presidente de la república [Alvear] se exhibió anteanoche una película, en la cual se reproduce el movimiento fascista italiano desde el convenio de Nápoles hasta el triunfo sobre Roma. No nos extraña sobremanera la novedad, pues son ya conocidas las simpatías “fascistas” del ministro de relaciones exteriores [Gallardo]. Por otra parte, el mismo gobierno proyecta el reconocimiento de nuestra liga patriótica como institución de bien público, al proponer se la exonere del pago de impuestos de sellos para todas sus tramitaciones. El “fascismo” tiene, pues, sus admiradores en este país, aunque por ahora se limitan a gustarlo en el cinematógrafo. (*La Vanguardia*, 11 de febrero de 1923, p. 2)

Con estas tan tempranas presentaciones se mostraba al fascismo como “exótico” pero “tentador”, a la vez, para ciertos grupos “criollos” con los que se lo homologaba. La necesidad de “procesar” analíticamente la tensión entre estas dos percepciones sería expresada, años después, por Ernesto Giudici (1937, p. 6): “No es justo hablar de ‘fascismo criollo’, porque ese fascismo es antinacional por excelencia; ni tampoco de ‘fascismo exótico’ porque si bien es importado por el imperialismo, él es posible en base a las mismas condiciones nacionales, dentro de la estructuración imperialista mundial”.

Un caso particularmente interesante de la ambigüedad y dificultad de “normalizar” estas afinidades sería el caso de la Liga Patriótica (LP), ya que las controversias no se redujeron a los posicionamientos de los actores históricos, sino que se trasladaron al campo analítico. Es interesante notar que la discusión acerca del fascismo o “no fascismo” de la LP fue “heredada” por la historiografía nacional, en un debate implícito en el que los propios investigadores se han visto “obligados” a definir qué es el fascismo o qué rasgos se consideran fascistas, para poder dar el “veredicto” final acerca del lugar ocupado por esa “especie” política que desean analizar dentro de una taxonomía nunca especificada y, aunque algo fantasmagórica, siempre latente. De esta manera, si la LP es “fascista” lo es con respecto a alguna característica (o varias) que comparte con ese movimiento, y si no lo “es”, se debe –de manera concordante– a que difiere también en alguna (o varias) de ellas, con lo cual se vuelve complejo el proceso de validación, en el caso que algún otro analista perciba o fundamente que ese o esos rasgos en común o en disidencia, que se eligen para la comparación, no forman parte de los elementos “fundamentales” que definirían al fascismo. Así, mientras un autor encuentra a la LP deslizada “hacia posiciones autoritarias y dictatoriales, con especial preferencia por el fascismo italiano”, en relación con que ella también, como el fascismo, corporizaba el “miedo – real o inventado– de la burguesía y de sectores de la clase media a la revolución social eventualmente realizable por comunistas o anarquistas” (Ansaldi 2017, p. 32), un historiador señala que, precisamente, esa defensa del *statu quo* imperante demostraría su

no pertenencia a esa taxonomía, ya que “el orden político que postulaba [la LP] como deseable no se basaba en la implantación de un tipo radicalmente nuevo de relaciones entre el Estado y la sociedad –a la manera del fascismo italiano–” (Galucci 2011).

A partir de allí, el antifascismo iría, en su desarrollo, distando crecientemente de atenerse a la mera “especularidad negativa” sobre el fenómeno que condenaba. Los alcances al temor por la presentación “negativa” sumaria del movimiento pueden verse incluso en la ya mencionada revista *Contra-fascismo*, que parecía con su nombre refrendar la antinomia cerrada. En términos algo paradójales, su editorial fundacional aclaró que la destrucción del fascismo era, en realidad, un proceso eminentemente constructivo: “Acción antifascista no es sólo un ‘contra’, una acción negativa: combatir el fascismo es de por sí una acción constructiva, pues suprimimos el grande y único obstáculo que se interpone en el proceso social contemporáneo”. Teniendo en cuenta esto, el movimiento sabría expandir esos límites, –en ocasiones, con mucha perspicacia política–, ampliando las marcas de referencia con una creatividad que, sin embargo, no dejaba de estar sometida a menudo a tensiones manifiestas de sentido y continuidad.

Por citar solo un caso en relación con lo señalado, pensemos en la identificación directa que el antifascismo argentino supo labrar entre revisionismo histórico y fascismo, al punto que Américo Ghioldi pudiera pensar a ambos sectores como intercambiables, por ejemplo, cuando sostenía que los conspiradores contra la defensa nacional eran “*restauradores* disfrazados de fascistas y otras veces fascistas disfrazados de *restauradores*”.⁶ Sin embargo, un lustro antes, los grupos del “nacionalismo” uriburista que habían sido condenados por los mismos socialistas como “fascistas”, como los de *Bandera Argentina*, no dudaban en representar la “gesta” antirradical del general ya fallecido, en paralelo con la lucha antirrosista, al señalar: “sólo hubo después de la emancipación nacional dos grandes revoluciones triunfantes: la de Urquiza y la de Uruburu. Las dos dividen la historia argentina: antes de Caseros y antes de Septiembre” (citado en Finchelstein 2002, p. 58).

Pasado el tiempo, la capacidad del movimiento antifascista de unificar demandas y registros diversos se volvería evidente. No nos son ajenas las resonancias de Laclau en esta frase, y más allá de la disonancia que dicha referencia teórica pudiera suponer en relación con la temática, confiamos en especial en su utilidad analítica, como ha demostrado Pablo Pizzorno al incorporar nuestra investigación, “traducida” en esa clave, para interpretar –casi como un desafío de aplicación metodológica– las condiciones de posibilidad de existencia de, nada menos que, la “Unión Democrática”. De esta manera, al recuperar nuestro análisis del antifascismo, dicho autor advierte su función apelativa como uno de los “elementos [que] fueron los que imprimieron el sentido prioritario que adquirió la articulación, digitando las coordenadas donde debía realizarse el agrupamiento y, a la vez, implicando a los grupos participantes en cierta orientación predominante” (Pizzorno 2018, p. 103).

Así, cuando un relevante dirigente antifascista, Nicolás Repetto, buscó definir, no al “primer” antifascismo “italo-argentino”, sino al antitotalitarismo “criollo” que pro-

6 1941. *La Vanguardia*, 24 de mayo, p. 1.

pugnaba “Acción Argentina” (AA), ya metódicamente “adaptado” al lenguaje político local, buscó reproducir ese espíritu “reactivo”, al entender a la agrupación como un “auténtico y espontáneo movimiento popular aparecido para combatir al nazismo”, pero sin poder dejar de agregar a la frase, asimismo, “y la política reaccionaria del vicepresidente Castillo” (Repetto 1957, p. 224).

En efecto, AA era una organización que, casi sin reconocerlo y solo utilizando muy esporádicamente la autodefinition estricta de “antifascista”, había sabido heredar y reprogramar los sentidos que dicho movimiento (en su clave más extendida, la liberal-socialista) había ido construyendo alrededor de la década del treinta con intenciones de amplia operatividad en la construcción de un esquema de poder político alternativo en el país y que de ninguna manera podía circunscribirse a la mera reacción frente a los hechos de violencia de los émulos del fascismo, el nazismo, el falangismo y otras vertientes que les resultaban familiares a dichas expresiones. Que el periodista Guillermo Salazar Altamira (1940, p. 2), inscripto en esa organización, pudiera decir que el deber del antifascismo (en su versión de oposición a la Quinta Columna local) incluía el combate contra “la burocracia criolla”, entendida como “los malos funcionarios y los empleados ociosos”, demuestra la flexibilidad que podía aportar la prédica referida.

De la ingenuidad analítica que suponía la condescendencia en la literalidad del “antifascismo criollo”, ya nos habían precavido la potencia, la eficacia y el fundamento de las críticas de la historiografía “nacional-popular” tanto a la hiperinflación del anatema “fascista” (para definir al enemigo político local) como a la obnubilación que dicha retórica produjo en relación con la comprensión del naciente fenómeno peronista.

Recordemos para el primero de los cuestionamientos, los ya célebres apartados no exentos de envidia e ironía de Jorge Abelardo Ramos, “Fascismo siempre fascismo” (1990, p. 95-98) y de Rodolfo Puiggrós, “Llaman fascista a Hipólito Yrigoyen” (1967, p. 101-135). En ese último apartado mencionado (p. 114) se señalaba que “No es extraño que Hipólito Yrigoyen provocara la iracundia de esos esquizofrénicos dominados por la idea fija de que la no admisión del modelo soviético equivalía a fascismo (...) Basta pensar que, de no haber aparecido en Europa, a nadie se le ocurriría hablar de fascismo en la Argentina, México, Chile, Brasil y el resto de América Latina”.

Para el segundo de ellos, si queremos completar así un notable *Quadrumvirato* antiliberal, basta recordar las palabras de Jorge Eneas Spilimbergo (1974, p. 33), quien emprendería socarronamente contra “toda la canalla y el club de retardados políticos que se pasaron diez años en el ‘maquis antifascista’ de la lucha contra Perón”, o las de Arturo Jauretche, al burlarse de las categorizaciones usadas para interpretar al peronismo:

Los intelectuales en política son así. Primero estudian el catálogo y después clasifican por analogía lo que ven en su país. En cuanto hay una pueblada, porque revientan las cinchas artificiales que otros doctores le han puesto a la realidad, andan como los chicos buscando figuritas difíciles, para nominarlas. Y una vez que le han puesto nombre se quedan lo más satisfechos, mano sobre mano, porque ya lo saben todo. La última moda es llamarle nipo-nazi-fasci-falanjo, etc., a lo que no entienden. Ahora hay otra palabrita que va a hacer furor: ‘cripto’. ¡Linda palabra! ¿No? (Jauretche 2004, p. 72)

En su carácter furibundo y evidentemente “instrumental”, esos alegatos político-historigráficos habían logrado obturar persistentemente –y durante décadas– la necesidad de atender, desde sus propios términos, la evidencia clara de la existencia y la solidez organizativa, al menos desde los años treinta del siglo pasado, de un movimiento antifascista nativo con autonomía política, fortaleza movilizatoria y capacidad programática propia, que, desde el golpe de 1955, parecía haber sido más largamente cuestionado que investigado. Ello equivalía, al menos para un interés historigráfico académico, al procedimiento de *das Kind mit dem Bade ausschütten*. Frente a ello, no deja de ser útil recobrar la perspectiva que –antes de los poderosos efectos de la literatura de revisionismo nacional y popular– Tulio Halperin Donghi tenía sobre el fenómeno, y cómo lo consideraba, centrándose para describirlo más en la lógica de sus actores que en la ponderación acerca de la “justicia histórica” o no de la existencia de un movimiento bautizado de esa manera. Así, Halperin diría en su aporte dado a poco de ser depuesto el gobierno peronista:

¿La amenaza fascista era una amenaza seria? Por lo menos tomada extremadamente en serio por algunos grupos que debían su existencia misma a los cambios introducidos que habían creado una Argentina nueva luego de Caseros, que sintieron, ante los extravagantes ataques a los que esa Argentina era sometida por los nuevos gobernantes, que su *status* social estaba siendo amenazado. (Halperin Donghi 1956, p. 16)

Aquel que, como quien escribe, sin desconocer las referidas lecturas, algunas de ellas presentes ya en la biblioteca paterna, había comenzado a familiarizarse –gracias a las consultas que recién recibido de profesor realizaba en el entonces naciente Ce-DInCI en la sede de Abasto– con publicaciones poco transitadas previamente por los investigadores y que tenían nombres inapelables como el de *Antinazi*, no podía menos que asumir que la existencia de un movimiento antifascista en la Argentina resultaba tan evidente, para esos años, como la de una corriente anticomunista que no dudaba, paralelamente, en expresarse con definiciones igualmente tajantes desde su nominación misma, como puede verse a partir de la Comisión Popular Argentina contra el Comunismo liderada por Carlos Silveyra.

Así, resulta interesante constatar que una de las principales investigadoras sobre el fenómeno local del anticomunismo durante el período anterior a la Guerra Fría, haya advertido una similar “marginación” “en los estudios especializados en la Argentina de entreguerras, puntualmente en los años treinta” y expresara, por tanto, “la necesidad de rescatarlo para una mejor caracterización del mapa político del período” (López Cantera 2016, p. 79). La propia existencia de esos sectores –más allá de la dimensión local del movimiento que decían combatir– ameritaba un estudio historigráfico que los tomara en cuenta, desde su propia lógica y por fuera de valoraciones de normatividad político-ideológica acerca de su “relevancia” o “justificación”.

Pero el problema que no quedaba evidente mientras sosteníamos la primordial tarea archivística, de reconstrucción cronológica y de interpretación de fuentes, era, precisamente, cuánto de “antifascismo explícito” tenían estos actores *en sí* y cuánto le íbamos

“agregando” nosotros a medida que íbamos construyendo este novedoso campo historiográfico local, legitimado *a fur et à mesure* que crecía su interés y validez ante los pares. Cada vez más resueltamente, se empezaba a invocar a la temática como núcleo de intelección del período de entreguerras y se buscaba ejercer –a veces adrede, a veces involuntariamente y con mayor o menor impacto– su acción centrípeta sobre el resto de las apelaciones y construcciones discursivas de las que también participaban los múltiples actores históricos que, al menos en alguna ocasión, habían navegado las aguas de oposición al fascismo.

Lo interesante es que, en ocasiones, los propios actores que supieron ser encuadrados en dichos espacios, no dejaban de tener posicionamientos fluctuantes en relación con la diada “identidad-necesidad” expresada por el movimiento antifascista. Pensemos en uno de ellos: Marcelo T. de Alvear. En efecto, la figura del segundo presidente radical resulta interesantísima para repensar las mutaciones en las caracterizaciones político-ideológicas que son pasibles de aplicarse sobre un mismo personaje, incluso cuando –a diferencia de otros, como Leopoldo Lugones, por ejemplo– él se había mantenido en una línea de actuación relativamente “centrada”. Así, Alvear pasaría de ser acusado muy tempranamente, en 1923, de “fascista” por parte de los socialistas – como ya vimos, mucho antes que los comunistas lo hicieran con Yrigoyen según recordaba Puiggrós–, a presentarse, dieciocho años después, como el dique de contención de la posible “nazificación” de su propio partido, al expresar:

El radicalismo tiene la obligación (...) de aclarar cuáles son sus lemas y cuál es su acción política y democrática (...) Somos antinazifascistas, porque estos idearios conspiran contra nuestra libertad humana, contra todos los ideales que son la conquista de civilización en el mundo. (Citado en Etchebehere 1941, p. 2).

En parte utilizando esa imagen final antifascista, el expresidente fue, asimismo, centro de los ataques del “anticipayismo”. Precisamente, en Juan José Hernández Arregui (1973) se puede ver en la condena a “la conciencia de la política antinacional que cumple el radicalismo, divorciado de la voluntad histórica de las masas argentinas” (p. 297), una censura a la conducción partidaria de Marcelo T. de Alvear, a quien no se dudaba en presentar como un continuador –en su probritanismo– de “una añeja tradición” que venía desde su abuelo, Carlos María de Alvear, de quien se recordaba una carta en la que señalaba que las Provincias Unidas deseaban “pertenecer a Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso” (p. 298). Esa adhesión ciega a Gran Bretaña explicaría, a ojos de Hernández Arregui, que en la convención radical de 1941, quizás el discurso más célebremente “antifascista” del expresidente Alvear hubiera “sindic[ado] de nazis, con el lenguaje solemne de las arengas de bronce, a los hombres de FORJA que aún esperaban del radicalismo una salida nacional” (p. 355) dando así “forma oficial a los narcóticos ideológicos del imperialismo” (p. 356).

Sin embargo, como sabemos, Alvear no dudó, en diversas ocasiones, en cuestionar la real importancia y “peligro” –para la Argentina– de los movimientos fascista y comunista, matizando la urgencia de establecer acciones en su contra o estableciendo

pendulaciones en sus críticas hacia cada uno de esos “polos” ideológicos, fluctuando con movimientos difíciles de resolver del todo, incluso para sus biógrafos más dedicados, como Leandro Losada (2016, pp. 255-270) quien en un apartado particularmente detallado sobre la cuestión advierte, dentro de la discursividad del propio Alvear, dos voces en tensión: una modulada en su condición de “titular del partido” y otra expresada por su “mirada personal”, en apariencia “menos” antifascista (p. 256).

Más allá de la posible tarea de “disección” puntillosa de cada referencia concreta, resulta evidente –en la mirada panorámica– el carácter pragmático con el que presidente del radicalismo combinaba ambas melodías a fin de sacar el mayor provecho posible del juego entre ellas, en esos años en los que la situación internacional y la política nacional estaban entrelazadas. De allí que, más allá de pensar en cuál de las dos voces resultaba “la auténtica”, lo que nos resulta más enriquecedor para la valoración del personaje es la capacidad de combinar las distintas apelaciones según las demandas de la coyuntura –lo que Losada llama las “razones de estricto cálculo político” junto con “las convicciones personales e identidades partidarias” (p. 259)– y la percepción de los límites y los alcances del uso de un registro en clave antifascista, que fuera “tolerable” y “efectivo”, a la vez, para sus aspiraciones personales y para las del partido.

Esto puede verse en relación con la pretensión de conformar localmente un frente popular, forma electoral casi por antonomasia del antifascismo, como puede verse en la mirada de la Comisión Directiva de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores, que entendía esa formación como la mejor forma de remedar en Argentina el “magnífico espectáculo de la unión de todas las izquierdas que ha salvado a Francia de la derrota del fascismo”.⁷ Frente a esta mirada: ¿cómo puede pensarse a Alvear diciendo que “la Argentina no está amenazada ni por el comunismo ni por el fascismo, que son políticamente y socialmente minorías sin significación”⁸ sin por ello, por otro lado, dejar de participar en acciones de integración multipartidaria en esos mismos años? ¿Qué sentido tenía esta frase, similar a la de un vendedor de autos que en la concesionaria se pone a pontificar entre sus clientes los beneficios de la tracción a sangre?

Es que, a pesar de esa aparente contradicción, debe notarse que la interacción de las polaridades “fascismo-antifascismo” y “comunismo-anticomunismo”, tal como las “gestionaban” los dirigentes de los partidos tradicionales de la política local, demostraban que dichos posicionamientos resultaban de todo, menos edificaciones evidentes y cristalizadas. La prédica antifascista podía, según vemos, activarse o encapsularse según la intencionalidad apelativa coyuntural o estratégica. Incluso, como vamos a ver a continuación, en el caso de otro dirigente, la misma podía variar en el transcurso de pocos meses.

Es el caso de otra gran figura política de entreguerras, como Lisandro de la Torre. Pocos referentes, con tanta seguridad, pudieran involucrarse dentro del ámbito antifascista. Al menos, si consideramos la tapa del tercer número de *Contra-fascismo*

7 1936. *Unidad*, 1 de enero, p. 15.

8 1936. *La Vanguardia*, 23 de agosto, p. 1.

(nombre, como dijimos, de antifascismo explícito evidente) que llevaba una caricatura de de la Torre en tapa y lo definía como “el hombre que ha indicado el camino democrático contra la reacción”.⁹ El peligro era el fascismo y no el comunismo.

En efecto, si tomamos un libro compilatorio de discursos de los senadores Mario Bravo, Eduardo Laurencena y el propio de la Torre, que también se inscribía desde su título en el antifascismo explícito de la Federación Gráfica Bonaerense bajo el título *La democracia contra el fascismo* (1937), podríamos ver que, para utilidad de enfrentar el intento de imposición de la Ley de Represión del Comunismo, el santafesino consideraría –según también había hecho Alvear– dicho movimiento como uno sin capacidad de amenazar el sistema institucional del país. Así, en su discurso parlamentario del 21 de diciembre de 1936, de la Torre diría:

¿Existe, en realidad, en la República Argentina un Partido Comunista numeroso con tales características que puedan poner en peligro el sistema de gobierno existente y justifiquen la adopción de medidas violatorias de la Constitución para combatirlo? Yo creo firmemente que no”. (Bravo *et al.* 1937, p. 149)

Por otro lado, esa inofensividad se presentaba en contrapartida con la

organización ostensible de núcleos nacionalistas, pequeños en número, sin duda, pero armados y militantes que proclaman doctrinas autoritarias y guerreras de origen extranjero, cuya implantación en nuestro país destruiría las instituciones que la República Argentina se ha dado para vivir en libertad interna y en paz con todos los países del mundo. (Bravo *et al.* 1937, p. 159)

Sin embargo, solo ocho meses después, en una conferencia de intenciones más “académicas” y que desde su título daba una mirada antifascista mucho menos evidente, buscando complejizar el análisis del fenómeno totalitario, de la Torre se desmarcaría de los postulados clásicos que el propio antifascismo había sabido construir sobre la peligrosidad del “fascismo criollo” y de la “amenaza externa”.

Como sabemos, la idea de “amenaza nazi” tuvo diversas tonalidades y usos según las diversas apreciaciones y estrategias locales e internacionales. Como ha señalado Ronald Newton en la introducción a la edición en castellano de uno de los trabajos pioneros sobre la cuestión:

Por razones tan obvias como loables fueron los demócratas argentinos, especialmente los exiliados, los primeros en dar la voz de alarma respecto de la ‘amenaza nazi’. Con el telón de fondo de la cultura política de la década infame, la gravedad de la situación, tal como ellos la percibían, llevó a los demócratas a exagerar los peligros, a perpetuar las mentiras y a buscar alianzas por doquier. La reacción británica a la ‘amenaza nazi’, al igual que la del gobierno de Ortiz, fue astuta y bien medida. En cambio, la de los Estados Unidos fue ignorante y hartamente desmedida. Para Washington, como para la prensa que acompañaba a la administración estadounidense en tales propósitos, la presencia nazi era parte del ‘problema argentino’. (Newton 1991, pp. 5-16)

9 1937. *Contra-fascismo*, n° 2 y 3, enero-febrero, p. 1.

Frente a esta estrategia, el senador demoprogresista ridiculizaba, en cambio, a los cultores del fascismo local como “grupos pequeños, fuera de ambiente” que trataban

en vano, de mantener una llama que se extingue, y que lejos de propagar la doctrina auténtica –que tiene bueno y malo– abominan de lo esencial, o sea de los aspectos que el nacional-socialismo alemán y el fascismo italiano realizan en su actuación y sólo admiran los procesos violentos o brutales que usan como medios y ellos consideran fines. (De la Torre 1939, p. 125)

Por otro lado, para completar un cuadro que se alejaba del tono apocalíptico de la prédica antitotalitaria de “nación amenazada”, De la Torre no dudaba en asegurar – con pocas dotes proféticas, es cierto– que “la guerra general va haciéndose imposible” (1939). El suicidio del actor histórico relevado, en el comienzo del año en que explotó la Segunda Guerra Mundial por él no prevista, nos deja con la duda acerca del tono que hubieran podido tomar sus apreciaciones ulteriores sobre el fascismo y el nazismo. Cualquier presunción resultaría, como sabemos, improbable, e incluso aventurada, teniendo como base los diversos fundamentos y los antecedentes de su posicionamiento.

La cuestión acerca de la postura antifascista “explícita” se complejiza todavía más, cuando en un mismo acto, digamos que casi en forma simultánea, otra dirigente, en las antípodas del pensamiento del senador, al menos en lo que al laicismo se refiere, como lo era la militante católica Eugenia Silveyra de Oyuela, podía reconocerse antifascista y no antifascista a la vez, al presentar un artículo en un órgano de antifascismo explícito, como *Antinazi*, para el que, sin embargo, no dejaba de hacer una salvedad al hacer señalar a la propia revista que:

A pesar de las reiteradas declaraciones de la señora de Oyuela sobre que el católico no debe adoptar la posición negativa de “ANTI”, por ser el catolicismo una posición constructiva, la escritora ha aceptado colaborar en ANTINAZI, en mérito de presentarse este periódico con un programa de acción positiva cristiana, “por una Argentina libre y democrática”.¹⁰

Que el antifascismo, entonces, había sabido participar de una serie de valores que lo “excedían” en su carácter meramente reactivo quedaba claro. Asimismo, al menos en lo que a la política local concierne, este espacio parecía “funcionar” mejor –o al menos ampliar su órbita de apelación– en la difuminación y la ambigüedad que permitía enfrentar la coyuntura política nacional e internacional cambiante, que en los intentos por definirse más explícita y dogmáticamente. Sin embargo, los alcances que podía alcanzar una posición de ese último tipo, tampoco alteraban las características de flexibilidad, al menos potenciales, de dicha apelación.

Quizás, podríamos analizar, para cotejar ello, la experiencia de *Contra-fascismo*, la revista del Comité de Acción Antifascista, organización presidida por un triunvirato: José Peco, Augusto Bunge y Carlos Sánchez Viamonte, y referenciada a un comité internacional presidido honoríficamente por Romain Rolland. El epígrafe inicial de dicho órgano gráfico en su primer número precisaba –más allá de la posibilidad de colaborar

10 1945. *Antinazi*, 22 de febrero, p. 5. Mayúsculas en el original.

“con otros organismos que luchan contra la reacción”– lo que entendía como su “misión propia y específica: acción y estudio antifascista”.¹¹

La revista en cuestión era dirigida por el secretario general de la agrupación, Ernesto Giudici, un militante de izquierda que desde su juventud se propuso comprender “científicamente” al fascismo para mejor combatirlo. Tal era así, que desde las páginas de la revista, Giudici (agosto-septiembre de 1936, p. 3) podía jactarse, sin pudor, de publicar un cuadro que “resume todo lo que debe saberse sobre el fascismo, especialmente en su parte teórica elemental, el método de estudio y la estrategia política con que ha de encararse la lucha antifascista”.

Precisamente, usaremos dicha experiencia como contraposición a los casos anteriormente analizados, porque en ella se buscaba explícitamente anular las ambigüedades, ya que desde sus páginas se sostenía que no se trataba de “hablar confusamente para que todos se unan en una acción antifascista donde no haya roces ni choque alguno” (Giudici 1936, p. 1). De allí que Giudici buscara definir taxativamente –bajo el paraguas de la definición dimitroviana de “dictadura terrorista del capital financiero”– un “trípode” fascista en el que convergían, “un elemento económico, dado por el monopolio; un elemento político, dado por el poder estatal; y un elemento cultural, dado por el freno a la ciencia, el irracionalismo filosófico y neo-pseudo-romanticismo en el arte” (p. 7).

El problema sería que, nuevamente, el intento de definición “puntilloso”, no rompería con la posibilidad de la extensión del fascismo a diversos fenómenos que, incluso, parecían trastocar las características que podían advertirse en él. Giudici explicaría así –indudablemente pensando en el gobierno justista– que “bajo una careta democrática, la política fascista, encubierta, puede ser de mayor utilidad que bajo un régimen de fascismo declarado”, y de allí que se precisara que no era necesario que “en la Argentina exista fascismo, por ejemplo, para que su cultura oficial se impregne día a día de elementos fascistas”. Por ende, si bien se permitía indicar: “no llamemos fascismo a lo que no es fascismo y puede evitarse que sea fascismo”, se pedía asimismo tener en cuenta que “sin la acción popular, ello puede caer francamente en el fascismo” y “el peligro subsiste mientras no se alejen las causas que podría (*sic*) explicar la aceptación de su demagogia”. La profilaxis del fascismo era, por ende, en la lógica de Giudici, “combatir al imperialismo y sus agentes aunando fuerzas entra (*sic*) la inmensa mayoría de la población dispuesta a ello”. El antiimperialismo, así, parecía condicionar la aplicación de la intervención antifascista, pero también expandir sus horizontes de análisis en dirección a campos que un mero análisis de la oposición a la violencia fascista vedaba, permitiendo –por otro lado– también incorporar en sus diatribas a ciertos “viejos enemigos conocidos” de la izquierda (p. 7).

Con estas consideraciones, la amplitud y el registro político donde le era dable operar al antifascismo también se extendía, y su capacidad de mutación operaba –a pesar de presentarse más explícita, específica y militantemente su defensa, a diferencia de

11 1936. *Contra-fascismo*, 25 de abril, p. 1.

los casos anteriores— con un sentido similar al de aquellos que eran encuadrados en el antifascismo de manera más “implícita” como Alvear, de la Torre o Eugenia Silveyra de Oyuela. Esto era refrendado por otro redactor de *Contra-fascismo* al señalar que no era necesario “que la reacción vista una camisa de color determinado o rubrique sus discursos con el pintoresco ¡alalá! para que lleve implícito consigo un plan de fascistización concreto y sistemático” (Echegaray 1936, p. 2). Esto le permitía aunar en un mismo ángulo de tiro a “la soberbia fresquista”, “la arbitrariedad policial ante los conflictos algodoneros del Chaco”, junto a “cincuenta detalles más aparentemente sin nexo y sin mayor trascendencia; pero, en realidad, desglosados de un solo plan y convergentes hacia un mismo vértice de fascistización” (p. 2). El antifascismo, así, volvía a operar como un articulador selectivo y parcial de demandas que los diversos actores buscaban integrar en términos de intervención política, en diálogo con otros sentidos construidos y pertenencias simultáneas.

Tomando nota de ello, creemos que los estudios históricos se beneficiarían crecientemente con la superación del deber de “literalidad” para analizar al antifascismo argentino. Ello evitaría la postura a la “defensiva”, aquella que buscaría demostrar la “necesidad” de la existencia del movimiento a causa de la “tentación” fascista circulante en el país; pero también refrenaría la pulsión “ofensiva”, entendida como la pretensión de subsumir en el antifascismo, el resto de las identidades “hermanas” circulantes, en razón de ser aquel el “máximo común divisor” frente al “enemigo en común” reaccionario.

La comprensión de su condición de apelación circulante con fines múltiples y en “igualdad de condiciones” competitivas con otras —al menos desde la línea de largada— no supondría negar los perfiles identitarios y las sensibilidades que construyó (difusa, pero perceptiblemente para los actores históricos de la época) a partir de su aplicación creciente y sistemática como espacio de disputa política e interacción con otros discursos y prácticas. En ese entramado complejo, una vez reconocida como temática “digna” de estudio, quizá lo mejor que podría sucederle al antifascismo argentino sería “silbar bajito” y reintegrarse más armónicamente en el panorama de la Argentina de entreguerras, alejado tanto del lugar de objeto de *bullying* —al que lo sometieron sus inicios— como del puesto de “abanderado” o “primer escolta” que a veces está tentado de ocupar.

Fascismo y antifascismo son los dos perfiles enfrentados de un mismo rostro, pero bien sabemos... que ningún rostro es perfectamente simétrico.

BIBLIOGRAFÍA

- ANSALDI, W., 2017. Con el dedo en el gatillo. La burguesía argentina ante la revolución rusa. *Estudios*, n° 37, pp. 13-46.
- Bisso, A., 2000. ¿Batir al naziperonismo?: *El desarrollo de la apelación antifascista argentina y su recepción en la práctica política de la Unión Democrática*. Tesis de licenciatura. Universidad Nacional de La Plata.
- Bisso, A., 2001. La campaña electoral de la Unión Democrática frente a un nuevo orden mundial en gestación. Visiones de desarrollo e industrialización en un supuesto ‘mundo antifascista’. *Ciclos*, n° 22, pp. 181-201.

- BISSO, A., 2016. The Argentine Antifascist Movement and the Building of a Tempting Domestic Appeal, 1922-1946. En GARCÍA, H., M. YUSTA, X. TABET & C. CLIMACO (comps.), *Rethinking antifascism. History, memory and politics. 1922 to the present*. Berghahn Books: New York-Oxford. pp. 133-151.
- BRANCIFORTE, L., 2018. Reseña de GARCÍA, H. et al., 2016. *Rethinking antifascism: history, memory and political uses, 1922 to the present*. New York: Berghahn Books. *Historia y Política*, n°39, pp. 385-391.
- BRAVO, M., DE LA TORRE, L. & LAURENCENA, E., 1937. *La democracia contra el fascismo*. Buenos Aires: Fegrabo.
- CANE, J., 1997. Unity for the Defense of Culture: The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943. *The Hispanic American Historical Review*, vol. 77, n° 3, pp. 443-482.
- CASALI DE BABOT, J. & GRILLO, M. V. (comps.), 2002. *Fascismo y antifascismo en Europa y Argentina. Siglo XX*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- DE LA TORRE, L., 1939. Grandeza y decadencia del fascismo (26 de agosto de 1937). En *Los grandes discursos del Dr. Lisandro de la Torre*. Buenos Aires: Indoamérica, pp. 107-137.
- DEVOTO, F. & GONZÁLEZ BERNALDO DE QUIRÓS, P., 2001. *Emigration politique: une perspective comparée: Italiens et Espagnols en Argentine et en France, XIX^e-XX^e siècles*. París: L'Harmattan.
- DROZ, J., 1985. *Histoire de l'antifascisme en Europe, 1923-1939*. París: La découverte.
- ECHEGARAY, A., 1936. La lucha antifascista y nuestro comité. *Contra-fascismo*, vol. 1, n° 2, p. 2.
- ETCHEBEHERE, M., 1941. La UCR movilizará a las masas populares contra el nazismo. *Argentina Libre*, 15 de mayo, p. 2.
- FANESI, P. R., 1994. *El exilio antifascista en la Argentina*. Buenos Aires: CEAL. Tomo I y II.
- FINCHELSTEIN, F., 2002. *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FRONCZAK, J., 2018. The Fascist Game: Transnational Political Transmission and the Genesis of the U.S. Modern Right. *Journal of American History*, vol. 105, n° 3, pp. 563-588.
- FRONCZAK, J., 2019. Rethinking Antifascism: History, Memory and Politics, 1922 to the Present ed. by Hugo García et al. (review). *Journal for the Study of Radicalism*, vol. 13, n°1, pp. 185-187.
- FURET, F., 1995. *El pasado de una ilusión*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GALUCCI, L., 2011. Completar la nación, regenerar la república. La Liga Patriótica Argentina y el Congreso General de Territorios Nacionales de 1927. Ponencia en las XII Jornadas Interescuelas de Historia, Catamarca.
- GIUDICI, E., 1936. Fascismo y fenómeno fascista universal. *Contra-fascismo*, vol. 1, n° 1, pp. 1 y 7-8.
- GIUDICI, E., 1936. Fascismo mundial y argentino. *Contra-fascismo*, vol. 1, n° 2, pp. 3-9.
- GIUDICI, E., 1937. La reacción fascista se extiende en América y Argentina. *Contra-fascismo*, vol. 2, n° 3, pp. 3-8.
- GRILLO, M. V., 2004. Alternativas posibles de la organización del antifascismo italiano en la Argentina. La Alianza Antifascista Italiana y el peso del periodismo a través del análisis de L'Italia del Popolo (1925-1928). *Anuario IEHS*, vol. 19, pp. 79-94.
- HALPERIN DONGHI, T., 1956. Del fascismo al peronismo. *Contorno*, n° 7-8, pp. 15-21.
- HERNÁNDEZ ARREGUI, J. J., 1973 [1960]. *La formación de la conciencia nacional*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- JAURETCHÉ, A., 2004 [1957]. Los profetas del odio y la yapa. *Obras completas*, vol. IV, Buenos Aires: Corregidor.
- LÓPEZ CANTERA, M. F., 2016/2017. El anticomunismo argentino entre 1930 y 1943. Los orígenes de la construcción de un enemigo. *The International Newsletter of Communist Studies*, vol. XXII/XXIII, n° 29-30, pp. 71-80.
- LOSADA, L., 2016. *Marcelo T. de Alvear*. Buenos Aires: Edhasa.
- NEWTON, R. C., 1995. *El cuarto lado del triángulo. La 'amenaza nazi' en la Argentina (1931-1947)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- NÚÑEZ SEIXAS, J. M., 2004. Emigración y exilio antifascista en Alfonso R. Castelao: de la pampa solitaria a la Galicia ideal. *Anuario IEHS*, vol. 19, pp. 95-125.
- PASOLINI, R., 2004. Presentación a: Itinerarios de la historiografía del antifascismo. *Anuario IEHS*, vol. 19, pp. 19-25.
- PASOLINI, R., 2008. El antifascismo como problema: perspectivas historiográficas y miradas locales. *Polhis*, año 1, n° 2, p. 44-49.

- PIZZORNO, P., 2018. En torno a los orígenes del antiperonismo: la Unión Democrática frente a la instauración del aguinaldo (1945-46). *Cuadernos de Historia*, n° 49, pp. 99-123.
- PUIGGRÓS, R., 1967. Las izquierdas y el problema nacional. *Historia Crítica de los Partidos Políticos Argentinos*, t. III, Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- RAMOS, J. A., 1990. *Breve historia de las izquierdas en la Argentina*, tomo II. Buenos Aires: Claridad.
- RAPOPORT, M., 1997 [1989]. Los partidos de izquierda, el movimiento obrero y la política internacional, 1930-1946. En *El Laberinto Argentino. Política internacional en un mundo conflictivo*. Buenos Aires: Eudeba, pp. 75-119.
- REPETTO, N., 1957. *Mi paso por la política. De Uriburu a Perón*. Avellaneda: Santiago Rueda.
- SALAZAR ALTAMIRA, G., 1940. Radiografía de la quinta columna. *Argentina Libre*, 4 de julio, p. 2.
- SENKMAN, L., 1995. El nacionalismo y el campo liberal argentinos ante el neutralismo: 1939-1945. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 6, n° 1, pp. 23-50.
- SPIILMBERGO, J. E., 1974. *Juan B. Justo o el socialismo cipayo* (1969). Buenos Aires: Octubre.

